

La mesa del domingo

www.seculorum.es. Tertia Opera. Año XV N° 22

Jesucristo, Rey del Universo. Ciclo -C- 20 de noviembre de 2016

Un Rey diferente

1c 23, 35-43

Con la solemnidad de Jesucristo Rey del Universo concluye el año cristiano; el próximo domingo, con la llegada del Adviento estrenaremos el ciclo litúrgico A hasta esta misma solemnidad del año que viene. En ella celebramos la plenitud de nuestra existencia, lo que un día será y que ahora vivimos solamente como esperanza que alienta e ilumina nuestras vidas, especialmente en sus penumbras, en sus sombras, en sus días aciagos en tantas dificultades como nos vemos inmersos tan frecuentemente. Esta solemnidad nos anuncia que todo tendrá un final feliz, que nuestra vida está unida a la del Señor Jesucristo, también en su destino, y que el destino del Señor Jesús es triunfar sobre el pecado y sobre la muerte, y, con él, todos nosotros.

El pasaje evangélico de hoy nos muestra a Jesús clavado en la cruz, momentos antes de morir. El letrado de la cruz lo proclama “El Rey de los judíos”, pero qué fracaso el suyo... Un Rey ejecutado, crucificado, muriendo de la peor muerte considerada socialmente como ignominiosa. No es extraño que las autoridades, que los soldados, se mofen una y otra vez de él al ver que no se salva a sí mismo de la cruz, que se rían del que se había presentado como Hijo de Dios, como Mesías y como Rey. Ellos creen que es ahora cuando se manifiesta la verdad sobre Jesús, un farsante impotente ante la justicia de Roma que le hace morir como un sedicioso revolucionario y traidor. Un personaje más se une a los coros de reproches que Jesús tiene que oír elevado sobre la tierra: uno de los dos malhechores crucificados con él: “¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros”. De Jesús no salen palabras de odio, de rencor, de reproche ni de condena; Jesús oye pero calla. Solo responde al otro malhechor que le ha pedido que se acuerde de él en su reino; solo pronuncia palabras de perdón, de misericordia y de salvación: “Te lo aseguro, hoy estarás conmigo en el paraíso”. Él es el único que ha arrancado unas palabras de Jesús; quienes le odian no han conseguido que les hable.

La escenografía del Gólgota tiene una doble lectura, la de quienes odian a Jesús y la de quienes le aman. Quienes le odian ven eso, una ejecución de un impostor y el final de alguien que ha engatusado a unos pocos con sus ilusiones y sus mentiras. Quienes aman a Jesús ven al Rey en su trono (la cruz), rodeado de su corte real a derecha e izquierda (los dos ladrones), dando la vida por todos en el mayor acto de amor, obrando la salvación de la humanidad, obedeciendo en todo la voluntad del Padre. La escena del Calvario no es para quienes aman a Jesús el final de nada, sino más bien el comienzo de todo. Es el comienzo de una humanidad redimida, es la sentencia de que el Padre sigue confiando en nosotros y quiere llevarnos a un final feliz; es el comienzo de la

tarea apostólica, de la tarea misionera. Solo cabe esperar al tercer día, esperar a la resurrección para que todo eso sea una realidad, para que llegue a su culminación la misión de Jesús, para que el Padre nos dé, en él, la vida eterna.

Jesús ha hablado del Reino de Dios. Lo ha concentrado en las bienaventuranzas. Ha prometido la felicidad a los pobres, a los humildes, a los perseguidos. Nos ha mostrado de qué manera ama Dios a los que aquí no son amados, de qué manera ama Dios a todos sin distinción alguna. Nos ha hablado de un mundo nuevo, de una situación renovada. Eso es el Reino, eso es lo que comienza en el momento en que Jesús entrega su vida en la cruz. El Reino no es lujo ni dominio sobre los demás ni es poder como el de las autoridades que se burlan de él; el Reino es servicio, donación, entrega, amor... y su mayor expresión es la renuncia a la propia vida. Jesús en la cruz es vida para todo el que cree en él, es vida para todo el que acepta su sacrificio desde el amor, para el que, a lo largo de su vida, se vaya incorporando a esta fe.

El himno cristológico de la carta a los Colosenses, en la segunda lectura, nos ayuda a comprender la plan de Dios en la persona de Jesucristo. Él es el principio y el fin de nuestra existencia. Es el principio porque “por medio de él fueron creadas todas las cosas, celestes y terrestres, visibles e invisibles”. Es la Palabra creadora del Padre mediante la cual realiza toda la creación. Es el fin de nuestra existencia porque todo fue creado para él, porque “en él reside toda la plenitud”. Y es que Jesús asumió en su persona toda la humanidad para llevarla con él a su gloria. Por eso, su muerte ha puesto en paz con Dios a todas las cosas creadas, celestes y terrestres. Siendo “imagen de Dios invisible”, es también el “primogénito de toda criatura (...) es el primero en todo”, cabeza del cuerpo que es la Iglesia. En la Iglesia está ya la avanzadilla de la nueva humanidad; ella es continuación de Cristo en la historia, figura de lo que la humanidad entera está llamada a ser. De modo que el pueblo de Dios vive ya en la realidad del Reino, lo anuncia y lo extiende para que a él se incorporen todos los hombres de cualquier tiempo y lugar. El final de nuestra historia será un mundo renovado con una humanidad renovada en la que Cristo lo será todo para todos. Esa es la esperanza de lo que un día llegará: Que Jesucristo será el Rey de Universo; para todos.

P. Juan Segura.

www.seculorum.es

